



Pan de centeno

Me lo ofrecen en elegante comedor, sobre mesa de manteles niveos, acompañado por manjares selectos. Luces eléctricas alumbran la tapizada habitación, quebrando sus rayos contra maravillas de argentería y de cristal. El vino es oro ó es rubí en los jarrros bohemios; las flores embalsaman la atmósfera y alegran los ojos con sus matices vivos. Más los alegran aún con su hermosura ceresiana las damas celtas que divinizan el improvisado convite. Sones músicos llegan á mis oídos del obscuro jardín. Un viento suave poetiza con sus alentares, que las abiertas ventanas recogen, esta noche estival.

Viene á mí el pan de centeno en tal escenario, dorado y humeante sobre repujada bandeja. Un cuchillo de mango plateresco y

hoja brillante lo divide; unas manos aristocráticas, dignos remates de su posesora gentil, dejan en las mías el pan. Este, cocido con escrúpulo, ablandado aún por el calor del horno, es en aquel momento y en las condiciones aquellas manjar exquisito que mi boca gusta con delicia.

Presentado así el pan ingrato del campesino armórico, es ofrenda pascual, regalo para huésped de agasajo y predilección. Manjar de dioses, me hallo á punto de consagrarlo.

Sólo que este pan, el que yo saboreo, es el pan del convite; no es el pan del trabajo y de la miseria.

El pan del trabajo y de la miseria es muy otro. Negro, correoso, ácido, más propio que de la navaja, del martillo, se conserva durante días y días en los rincones húmedos de las chozas bretonas.

En estas chozas, haciendo de sus enciajes molinos, lo triturarán hombres y mujeres de haraposos trajeo y rostro que el sudor ennegrece. Cuando á la postura del sol regresan esas mujeres y esos hombres de la faena campesina, muerden el pan ácido, mirando con envidia á las vacas que pastorean. Ellas pudieron pacer hierba jugosa, emblan-

decida por el rocío ó por la lluvia; ellos, los pastores, muerden la pasta negra que se ha convenido en llamar pan y se dejan caer sobre un camastro, aguardando que el sol naciente les traiga otra jornada de fatigas y de hambre.

Menos mal cuando al pan fósil junta el campesino un cacho cualquiera de vianda más nutritiva. Menos mal si, durante las crudezas rencorosas del invierno, no es el pan de centeno su alimento exclusivo. Menos mal si no tiene por compañero único el recuerdo de los panes blancos y tiernos que entrevieron sus ojos en sus peregrinaciones á la ciudad.

Como un agasajo, como una grata novedad, se me ofrece en el lujoso comedor. A buen seguro, de no haberlo conocido en su ser natural, creyera yo que el pan cotidiano del campesino armórico es hermano gemelo de los manás con que Dios obsequiaba, en épocas de hambre, á sus fieles adoradores.

Iba á decir no sé por qué; pero claro que sé por qué. El espectáculo de aquel pan artístico, ofrecido por la galantería bretona á su huésped, me recordaban otras presentaciones oficiales que se hacen al visitador acciden-

tal en todos aquellos centros donde la miseria y el desamparo tienen su propia habitación, como la tienen la dureza y la agriez bajo la costra requemada del pan de centeno.

Si visitáis un hospital, seguro es que hallaréis todas las camas pulcras y todos los enfermos de tan buen parecer, que casi casi vale decir, mirándoles: «Estos se hallan aquí por gusto, por agradecida voluntad.»

Si una Compañía explotadora os enseña un barrio de obreros, uno de esos barrios donde la Compañía cobra el forzoso vivir y regatea el aire, tropezaréis con habitaciones aseadas, modelos de ventilación y de higiene. Si entráis en los talleres, saldréis convencidos de que en ellos el trabajo es un juego y la salud una consecuencia.

Si visitáis asilos ú hospicios, veréis prodigios de lavado en los dormitorios, de escrupulosidad en las cocinas, de paternidad en las escuelas y talleres.

En cualquiera de esos pudrideros sociales que la miseria y el abandono y la explotación humana escogen para amontonarse y presentarse como erupciones vergonzosas, sólo tocará el visitante irreflexivo y superfi-

cial, protección y bondades. Por decir estoy que saldrá de ellos asegurando que la miseria no existe en el mundo; que los quejosos y los protestadores son egoístas insaciables; que la humanidad está bien como está, sin necesidad de revoluciones, de evoluciones y de zarandajas declamatorias.

Hasta un presidio, recorrido en visita anunciada, resulta paraíso con rejas y centinela en el portón, para evitar que sus dichosos habitantes incurran en la necedad de fuggarse.

Tiernísimo y caliente pan de centeno que me presentaron en el lujoso comedor, sobre repujada bandeja, unas hechiceras manos de mujer, ¡con qué amarga ironía, con qué rencoroso sarcasmo habrás crujido entre mis dientes!...

Vannes.





EL "CAMPO DEL MARTIRIO"

Estoy en la pradera trágica. Eran novecientos cincuenta y siete, jóvenes todos; en los cuarenta años frisaría el más viejo. A la voz de «¡fuego!» rodaron entre las altas hierbas; con sangre suya las regaron. El agrio vaho de la sangre aromatizó aquella noche la atmósfera, hecha á recoger esencias de flores campesinas. Ayes dolorosos, no placenteros cuchicheos llevó el aire en sus ráfagas. Sobre el tapiz esmeralda, tendido por la Naturaleza para los abrazos del amor, crujió el abrazo de la muerte.

Hoche fué implacable. No quiso perdonar. Cuando Sombreuil rompió su espada, el general republicano le dijo: «Bien haces en romperla. Mejor hubieras hecho clavándotela en el corazón».

Los fanáticos del pasado llaman asesinato á la ejecución de los chuanes. Maldito es

para ellos el lugar del fusilamiento, malditos quienes lo ordenaron, malditos quienes, en nombre de la República, gobiernan hoy Francia.

Bajo el peso de estas maldiciones desborda en flores la pradera, y la Francia republicana en prosperidades.

En las inmediaciones del «Campo del Martirio» erigió la Restauración borbónica un monumento á los realistas fusilados por Hoche.

De griega arquitectura es el monumento. Acordarse de Grecia, cuna de las libertades políticas, madre augusta de la religión de la vida, para honrar á quienes proclamaban el despotismo y la religión de la muerte, fué torpeza insigne en los Borbones. Para construir á los guerreros vendeanos un sudario de piedra, debió escogerse la arquitectura gótica.

Tampoco debió profanarse la majestad del sitio con los relieves de los muros, que conmemoran la visita de etiqueta fúnebre, hecha á los chuanes por «Monsieur» y por la señora duquesa de Angulema.

Lejos de sus defensores andaban los príncipes en la hora del peligro; no tenían de-

recho á eternizarse con ellos en la hora de la consagración.

Además, las imágenes de «Monsieur» y de la duquesa de Angulema roban gravedad al sepulcro de los chuanes. Tales son ellas, que, no al respeto, á la risa conducen.

«Monsieur», con su calzón corto, su prieta chupa, su brazo derecho extendido y una pierna en flexión, es un bailarín en el prólogo de la pirueta. La duquesa, con sombrero floreado, falda corta, una mano sujetando la falda y la otra sobre el corazón, es una cupletista saludando á su público.

En presencia de tales figuras, los bustos de Sombreuil y Soulanges, de Talohuet y D'Harvilly deben sonreír desdeñosamente y contemplarse irónicos.

Son rostros enérgicos los de los cuatro caballeros, de línea aristocrática, de expresión altanera y noble. La vieja raza puede estar satisfecha: murió dignamente representada en aquellos cuatro héroes.

Porque héroes fueron todos los caudillos de la aventura realista. Lucharon como paladines; murieron sonriendo á las bocas de los fusiles. Todos rompieron sus espadas antes que rendirlas; ni uno tembló al oír la

sentencia, ni una contracción, ni una cobarde palidez afearon su gesto en la antecámara de la muerte. Cayeron con el alma en pie.

Inclinado sobre la cripta contemplo las rotas osamentas. Una calavera, mal sujeta por la tenaza de dos fémures, rueda á impulsos del aire que agita la trampa funeral al abrirse; por entre las órbitas de la calavera se esparcen los rayos de una lámpara. Dijérase que la calavera nos mira con sus cuencas sin ojos.

La tumba de los chuanes es poco visitada. Para venir á ella nunca se forman procesiones guiadas por el entusiasmo y por la admiración. Algunas momias vivas, algunos curiosos... Nadie más acude á verter lágrimas y á beber energías sobre la pirámide de huesos. Reliquias de una idea muerta, las generaciones les han vuelto la espalda.

Y es que no basta ser héroes para provocar el entusiasmo y el respeto de las generaciones; es que no basta pelear como valientes y morir como héroes para sobrevivir y hacer de un sepulcro tabernáculo donde las humanidades comulguen. Es necesario más. Es necesario pelear y sufrir el

martirio por ideas que ensanchan el futuro social.

Entonces, sí. Entonces se dirigen los ojos hacia el sepulcro de los mártires como á faro de esperanza y de salvación; las luces pálidas que iluminan tales sepulcros son como los primeros resplandores del alba, heraldos del advenimiento del sol. Las luces que iluminan en Auray el sepulcro de los chuanes, luces de crepúsculo son también; sólo que este crepúsculo anuncia la noche; la noche es la muerte; las humanidades necesitan vivir.

¡Pobres héroes del fanatismo religioso y del fanatismo político, lástima inspiráis! Al abrazaros con la muerte no lo hicisteis para fecundar el porvenir, lo hicisteis para revivir el pasado. Vacías están de ojos las órbitas de vuestras calaveras; vacías estuvieron también cuando erais hombres vivos. Pudisteis ver, pero no supisteis mirar.

Auray.



MIS VECINOS

Frente á mi ventana hay un árbol; en el árbol, un nido.

Están las ramas interiores al alcance de mis manos y de mis ojos. Dueña de la modestísima habitación, fabricada con pajas, plumas y hojas secas, es una familia de jilgueros.

Los padres revolotean sobre mí. El macho usa traje pardo con festones amarillos y rojos.

Es muy galán. Tiene los volares señoriles; el cantar amoroso y dulce.

La hembra, más recogida de figura, menos rica en los matices del plumaje, sale poco del nido. El cuidado de los pequeñuelos entretiene sus horas.

Los hijos son cuatro. Todavía no han soltado el plumón. Todo en ellos es pescuezo y boca. Los ojos brillan con glotona codi-

cia. Las bocas siempre están abiertas. Los pescuezos se estiran como si fueran goma.

He trabado amistad con la voladora familia.

Al principio, cuando me vieron aproximarme á su vivienda, pasaron un mal rato. Las crías piaban angustiosamente. Los padres echaron á volar. Luego dieron vueltas y más vueltas en torno á mi persona, con los picos amenazantes y las garrillas en tensión. Me tomaron por enemigo, por animalucho rapaz que iba á robarles la libertad y la existencia.

Pronto les saqué de su error. Ni aun además hice de acercarme á las crías. Recosté mi silla contra el árbol; puse enfrente de la silla una mesa, y comencé á escribir.

Los padres, viendo que el animalote humano no se ocupaba de ellos, fueron acercándose poco á poco, volando y revolando sobre las crías temerosas. Más brava la madre, metióse noblemente en el nido. El macho hizo firme en los altos del árbol. Sólo al caer la noche se reunió con su compañera.

Ya somos los mejores amigos del mundo. El macho me da los buenos días con sus

trinos; la hembra me saluda sacudiendo las alas; los pequeñuelos pían al mirarme llegar y engullen las migajas con que les obsequio.

Ocasiones hay durante las cuales el macho sube á la mesa donde escribo y pasea desdenosamente sobre las emborrionadas cuartillas. Algunas veces las pisotea y las ensucia. Parece un crítico el jilguero.

Me he declarado protector de su hogar.

Ya lo saben los granujillas de Port-Quiberon, dedicados en esta época á coger y destruir nidos. ¡Pobre de quien se atreva á poner sus manos en éstel... Todas mis iras de potencia de primer orden caerán sobre el detentador.

Es muy curioso el vivir de mis pájaros. Curioseándolo paso largas horas. Me encanta esa familia que se balancea en una débil rama sobre el Océano.

Para mis jilgueros, el universo está encerrado en ellos y en sus crías. Se aman y las aman. Buscan el sustento común por matas y praderas y arbustos; cantan junto al nido el himno de la paternidad y calientan con su tibio plumaje el sueño de los hijos.

Cumplieron á su tiempo las leyes hermosas del amor, persiguiéndose de árbol en árbol. Hoy cumplen las leyes paternas, sin regatear nada al cumplimiento.

Para formar su nido rebuscaron en la campiña los más delicados materiales; para mullirlo arrancaron plumas á sus pechos. Al nacer los hijos, ni el padre los desconoció ni la madre los apartó de ella, poniendo en picos ajenos su crianza. Aún no se usa esto entre los pájaros.

Ellos no conocen «las conveniencias», no temen por «el qué dirán». A sus criaturas se entregan. El macho canta cerca de la hembra para que sobrelleve placenteramente la crianza; la hembra endulza con sus trinos las fatigas y vigias del macho.

Uno á otro se substituyen en el nido, para que no falte á los huevos calor. Cuando ellos se abren, cuando el jilguerillo asoma por entre la cáscara, como un rebujo de algodones, hacia él se inclinan, prorrumpiendo en gorjeo triunfal.

Después á cuidarlos, á que no falte alimento á sus bocas y á sus cuerpecillos abrigo. Durante el día, á buscar la vida de to-

dos. Durante la noche, á posarse en el nido, á volverse edredón sobre los pequeñuelos, á que los pequeñuelos duerman mientras sus padres entreduermen, atentos al más insignificante rumor.

Mis jilgueros son, á más, muy inteligentes. Se entienden á maravilla. Hablan, se comunican ideas, impresiones, afectos...

No es broma. Tengo pruebas de que se entienden mejor que muchas parejas humanas, de que discurren mejor también que muchas personas.

El padre y la madre se cruzan siempre en el camino cuando realizan la faena de alimentar á sus hijuelos. Estos aguardan la pitanza con las cabezas fuera del nido, las bocas de par en par abiertas y los elásticos pescuezos en última tensión.

Los padres meten por turno la comida en aquellos picos. No se ha dado el caso de que el padre ó la madre den de comer dos veces seguidas á un mismo pollo.

Sin embargo, el padre y la madre nunca llegan parejos al lado de sus hijos. Se cruzan en el aire: uno trae la pitanza; otro va en su busca.

¿Cómo no se equivocan? ¿Cómo nunca se

ofrece el caso de que un jilguerillo goce doble ración?

Para mí está claro el asunto. Cada jilguerillo tiene su nombre propio. Este se llama Pepe, aquél Juan, Pedro el otro; el más chiquitín—una monería—Antoñito, pongo por nombre.

Uso de nuestro calendario porque desconozco el de los jilgueros.

Cuando macho y hembra se tropiezan en el camino, se detienen en el aire un segundo, juntan los picos y sacuden las alas.

—¿A quién has dado de comer?—pregunta el que va al nido.

—A Pepe—contesta el que vuelve.

—Pues entonces le toca á Juan.

Y el que vuelve al nido da de comer á Juan, y el que retorna á Pedro, y el que le sucede á Antoñito.

Así debe ser. Por lo menos, yo lo creo así.

Mis vecinos del árbol hablan, se comprenden, discurren.

Si yo entendiera su lenguaje, ¡qué párrafos echaría con el jilguero macho cuando éste pateaba mis cuartillas!...

.....
Ayer fué duelo para mis alados vecinos.

Antoñito, el chiquirritín de la casa, murió. Andaba el pobre muy enclenque.

Los padres aleteaban en el borde del nido, sin atreverse á entrar, mirando el cadáver minúsculo, acariciándolo con sus picos.

Al cabo lo cogieron entre los dos picos, lo empujaron silenciosamente por la rama y el pajarillo muerto se perdió bajo una ola, entre remolinos de espuma.

Los padres volvieron lentamente á su hogar.

La hembra, acurrucada en el nido, piaba tristemente.

El macho, en pie, con las alas abiertas, lanzaba trinos que parecían ayes.

La pálida luz del crepúsculo llenó el nido de sombras.

Port-Quiberon.



JARDÍN ABANDONADO

Todo es en él misterio. Los árboles enrejan sus ramas encima de las tapias, formando celosías verdes. Por las tapias sube, derrochando flecos, la hiedra. Un postigo, empujado en el muro, pregona, con el mohoso de sus herrajes, el abandono y el olvido.

Las criaturas humanas no andan por aquellos alrededores. El jardín vive deshabitado de ellas. Lugar es de maleficio, al decir de los aldeanos.

Cuando llega la noche se puebla de fantasmas. Quien desee verlos y morir, acuda al jardín en punto de las doce. Con el toque de media noche surgen los espectros. Unos vienen del mar, que rompe al borde de las tapias, y están hechos de espuma; otros brotan de las entrañas de la tierra, y están hechos con jirones de niebla gris.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926. 1022 MONTERREY, MEXICO